COLUMNA 10

Sumario

Con motivo del proceso de Moscú
La bomba perdida
Ghana: La caída de un profeta
Brasil: El mayor polvorín de América
Confrontación en Indonesia
La guerra en Vietnam

NEOCOLONIALISMO

Editores responsables

Mischa Cotlar
Cora Ratto de Sadosky
Francisco Bullrich
Administrador: Oscar Calvelo

No 8 Abril de 1966 $m/n. 50.-

LOS DIARIOS TIENEN, GENERALMENTE, NUEVE COLUMNAS; COLUMNA 10 ASPIRA A CONTENER INFORMACIÓN QUE NO SE DIFUNDE NORMALMENTE Y QUE PUEDE SER ÚTIL PARA UNA CORRECTA COMPRENSIÓN DE LA REALIDAD ACTUAL.

PRECISIONES

El interés en seguir difundiendo juicios y opiniones sobre la guerra en Vietnam, a pesar de las numerosas informaciones que da la prensa en general, tiene una precisa razón de ser. La guerra de Vietnam no es solamente el punto neurálgico de la política mundial, es donde se está decidiendo la suerte de los países del Tercer Mundo. Es verdad que nadie tiene derecho a desentenderse de lo que está ocurriendo en el sudeste asiático, pero a nosotros, latinoamericanos, el problema de Vietnam se presenta como problema propio. Nadie puede dudar que la aventura norteamericana en la República Dominicana está inspirada en los mismos principios políticos que apoyan a los EE.UU. en la convicción de su "derecho" a intervenir en el Vietnam y nadie puede dudar tampoco que, para los EE.UU., es más importante el control político de América Latina que el del sudeste asiático. Sin embargo Santo Domingo es apenas un esbozo de lo que es la gran operación vietnamita. Pero no nos llamemos a engaño: la aparente contradicción sólo es debida a que, por el momento, Asia se presta más a la tarea ejemplarizadora. Tal vez el mundo soportaría más difícilmente que lo que está ocurriendo en Vietnam del Sud ocurriese en una zona de Brasil, Colombia o Perú. Pero la historia enseña que los "precedentes" cuentan para ella. Todos sabemos ya que la guerra civil española fue un prolegómeno indispensable de la *última guerra mundial*; tanto como sabemos, por otro lado, que la primer bomba atómica pudo ser arrojada sobre Hiroshima pero no sobre Berlín.

O se defiende el derecho de *todos* los países a la autodeterminación o se pierde el derecho a defender la propia soberanía.

Lo mismo ocurre con la libertad de pensamiento: o se la defiende en todas partes o se renuncia a ella. Por eso es tan urgente luchar en forma permanente contra el sectarismo, incitar a la gente a utilizar el propio juicio en el contexto de sus propias convicciones, pero no trabada por ellas.

El proceso realizado en Moscú contra los escritores Sinyavsky y Daniel acaba de mostrar al país capaz de la realización de la proeza científica del Lunik IX, incapaz todavía de defender ideas con ideas, recurriendo a la fuerza para controlar el contenido de la producción literaria.

La prensa ha abundado en manifestar su escándalo ante el hecho y eso podría interpretarse como laudable decisión de repudio a la limitación de la libertad de pensamiento y expresión, si la unanimidad de la crítica no fuera la misma con que se silencian e incluso se aplauden hechos similares cuando... no ocurren en Moscú.

En todo caso, se trata de un hecho que hubiera sido lamentable sólo para los pro-soviéticos si en el campo contrario hubiera habido alguien en condiciones de arrojar la primera piedra.

Y como la caridad bien entendida comienza por casa... nos atrevemos a turbar la alegría de los que leyeron los comentarios sobre el proceso a Sinyavsky y Daniel, encontrando en ellos la prueba de que es en la Unión Soviética donde no existe libertad de expresión mientras que en los países occidentales, etc., etc., recordándoles que la prohibición de la exhibición de 'El vicario" en Buenos Aires no nos coloca en una posición muy airosa.

"El vicario" se ha dado en Londres, Berlín, París y en numerosas ciudades, sin peligro para la moral ni para las instituciones. Lo hemos leído muchos argentinos —porque, curiosamente, la difusión del libro no ha sido prohibida— sin que se produjera ningún escándalo. ¿Por qué se quiere negar al público de Buenos Aires capacidad de juicio que a otros se reconoce, si no es para afirmar el poder de una odiosa forma de sectarismo?

Hace pocos meses la maestra Susan Epperson, de la Central High School de Little Rock, en Arkansas, Estados Unidos, fue procesada por haber enseñado a sus alumnos la teoría evolucionista de Darwin, en violación de la ley que rige en el Estado de Tennessee que prohíbe "enseñar cualquier teoría que niegue la historia sobre la creación divina del hombre tal como la enseña la Biblia". Esto no mereció una línea de información.

El panorama general sería agobiante si no mediara la convicción de que en todos los países del mundo hay espíritus libres decididos a no dejarse arrastrar por la ola de prejuicios, mentira, hipocresía e insensatez. Es necesario que además de resistir encuentren la forma activa de expresarse sin sectarismo.

El año se ha iniciado con tres pérdidas sensibles para la cultura universal. Han muerto el pintor Jean Lurçat y el escultor Alberto Giacometti, franceses, y el escritor italiano Elio Vittorini. Aparte el incuestionado valor artístico de la obra de los tres, eran tres arquetipos del artista de nuestro tiempo. La participación de los tres en contiendas intelectuales en las que se dirimía la suerte de los intelectuales del siglo XX, fue claro ejemplo de honestidad y antisectarismo. Sea este recuerdo nuestro homenaje.

CON MOTIVO DE UN PROCESO

Una declaración de Aragón

El 16 de febrero de 1966 el diario comunista francés L'Humanité, *publicó en París la declaración del escritor Aragón, que reproducimos íntegramente. En los medios políticos franceses se ha considerado la publicación de esta declaración como un hecho de gran trascendencia. En todo caso ha originado una situación inusitada: por primera vez, desde su fundación, se ha prohibido en Moscú la circulación del número del 16 de febrero de* L'Humanité.

"No puedo imaginar que un comunista considere con indiferencia el veredicto pronunciado en Moscú en el proceso Sinyavsky-Daniel. Este es un hecho grave por sus alcances, sobre todo en Francia. Acaban de ser aplicadas penas de 7 y 5 años de confinamiento en un campo de trabajo a hombres que no estaban inculpados más que de haber escrito y publicado textos que, desde el punto de vista de la acusación, que los acusados rechazan, constituyen una propaganda anti-soviética.

No podemos olvidar lo que debemos a la Unión Soviética y a los pueblos que la componen: es al precio de sus trabajos y de sus sufrimientos que ha podido ser establecido el primer Estado socialista del mundo, cuya sola existencia ha modificado profundamente las perspectivas de la Historia. Y, como franceses, ¿cómo podríamos olvidar la parte decisiva que tomaron en la guerra contra el hitlerismo y los sacrificios que realizaron? Por otra parte, el problema no concierne a la personalidad de los condenados o a su talento de escritores. Aún un escritor mediocre tiene derecho a escribir libremente. Se trata completamente de otra cosa.

Que se esté en desacuerdo con lo que estos hombres han escrito, que se les diga, que se les haga pagar una multa por contravenir a una ley existente que prohibe la exportación no controlada de sus obras, todo eso podría perfectamente ser admitido, cualesquiera fueran mis reservas personales concernentes a la ley misma. Pero que se les prive de su libertad por el contenido de una novela o de un cuento, es hacer del delito de opinión un crimen de opinión, es crear un precedente más pernicioso al inte-

rés del socialismo que lo que pueden serlo las obras de Sinyavsky o de Daniel.

Es de temer, en efecto, que pueda creerse que este tipo de procedimiento es inherente a la naturaleza del comunismo y que el juicio pronunciado hoy prefigura lo que será la justicia en un país que haya abolido la explotación del hombre por el hombre. Es nuestro deber proclamar que esto no es cierto y no podrá serlo, por lo menos en Francia donde es nuestra la responsabilidad de que así sea. La política de nuestro partido reposa sobre algunas tesis esenciales: la de la posibilidad del pasaje al socialismo por la vía pacífica del triunfo de la mayoría, el rechazo de la concepción del partido único y, por consiguiente, la de la alianza con el partido socialista y los otros partidos democráticos para el pasaje al socialismo, su construcción y su mantenimiento.

Esto no es posible más que si, cualquiera sea el peso del partido comunista en el país, éste asegura su fidelidad a los principios de la democracia política, que pertenecen a la tradición francesa, en particular afirmando que ninguna jurisdicción será habilitada gracias a él en el porvenir, capaz de entablar procesos de opinión.

Queremos esperar que, por el bien de la causa que nos es común, habrá una apelación en el proceso de ayer. No nos corresponde dictar la conducta de un gran país amigo, pero seríamos culpables si le ocultáramos nuestro pensamiento."

Amigo lector:

Nos interesa conocer su opinión sobre COLUMNA 10; escríbanos. Recuerde que no tenemos avisos ni más sostén que su apoyo económico. Suscríbase y haga suscribir a sus amigos, enviando cheque o giro a nombre de COLUMNA 10 y enviándolo con indicación clara de nombre y dirección a C.R.S., Casilla de Correo Central 1811, Buenos Aires, Argentina.

LA BOMBA PERDIDA

Por CHRISTIAN MAUREL

Los españoles creían que su país limitaba al norte con Francia (a quien ellos envidian) y al sudoeste con Portugal (a quien ellos desprecian). Acaban de descubrir una tercera frontera con los EE. UU. (que los mantiene). Ha sido necesario, para que se dieran cuenta de ello, un desdichado gesto de los norteamericanos. Esa frontera ha sido violada por el Tío Sam al dejar caer sobre España cuatro juguetes.

**Primer acto.* El 17 de enero, a las 10 de la mañana, como todos los días a la misma hora, uno de los 935 bombarderos B.52 del *Strategic Air Command* se prende del avión que lo aprovisiona en el aire de gasolina, a unos 10.000 metros por encima de la provincia de Almería, en el norte de Andalucía. En los campos, los labradores ni siquiera levantan ya la cabeza. Pero, de pronto, el bebé y el biberón explotan. 40.000 litros de nafta se trasforman en lluvia de fuego y 100 toneladas de chatarra se desprenden del cielo sobre la pequeña aldea de Palomares. Felizmente los habitantes están muy dispersos y, aunque una treintena de despojos incandescentes caen a plomo sobre la aldea, se produce el milagro de que ninguno aplaste ni un techo ni un hombre.

Arrancada de su hogar por el pánico, una anciana se encuentra de pronto frente a un piloto cortado en dos. Viendo caer sobre él un paracaídas en llamas, un labrador huye y evita ser enterrado vivo. Cuando vuelve a mirar, ve a un moribundo cinchado de cuero que le hace gestos de marioneta. Otros tres hombres de la tripulación aérea han caído cerca del muro del cementerio. Corriendo para socorrerlos, el cura de Cuevas siente que su sotana se enciende en llamas. Un enorme pedazo de la carlinga y un tren de aterrizaje, se plantan en el patio de la escuela, a treinta metros de los niños que están en clase.

Al día siguiente, la mayor parte de los restos están aún en llamas. Se ha podido salvar a 4 de los 11 aviadores. Los pescadores han recogido dos en el mar. El capitán del B.52 no tiene más que una herida en el párpado y ligeras fracturas. Pero en tanto que los elementos del ejército norteamericano establecido en España llegan al lugar, el espanto sucede al estupor: los labradores han descubierto dos bom-

bas de dos metros de largo. Hay una muy próxima a la playa. Otra ha chocado como un látigo contra las rocas y su coraza de protección se ha fisurado. Los soldados descubrirán una tercera que se ha enterrado a más de dos metros de profundidad en un terreno removido. Es imposible ocultarlo más tiempo: son bombas H de 10 megatones. Cien veces más poderosas que la de Hiroshima. Había cuatro a bordo. Y falta una. Los habitantes de Palomares no tienen conciencia política, pero tienen conciencia de la muerte. No tienen vergüenza de confesarlo un mes después: esa noche, todos lloraron.

"Flecha quebrada"

**Segundo acto.* Han pasado dos días. El ejército y la marina norteamericanos llegan en aluvión a Palomares. Quince barcos de guerra de la Sexta Flota cierran la bahía. Un millar de hombres se instalan a 300 metros de la aldea en un campamento militar que toma rápidamente el aspecto de una base permanente con su lavandería, su economato, su correo y su campo de juegos. En el interior de la región, equipos de soldados enguantados, enmascarados, enfundados en mamelucos verdes o blancos, remueven enormes masas de tierra que los camiones se llevan no se sabe adónde. Las tres zonas en que las bombas han sido encontradas, son cubiertas de asfalto y prohibidas. Se busca la bomba que falta. Pero sólo se encuentran escorpiones. En el mar, los sonares detectan muchos objetos metálicos y decenas de hombres-ranas se zambullen día y noche, a la espera de los submarinos de bolsillo. En un arrebato poético, el estado mayor bautiza con el nombre de "Flecha quebrada" esta operación que mobiliza, directa o indirectamente, 5.000 militares y cuesta 6 millones de francos por día.

"Flecha quebrada" es un nombre desdichado. Los pescadores y los labradores se preguntan si no es la bomba la que se ha quebrado. El general Delmar Wilson los reúne a todos en la sala del cine. Él reúne también sus recuerdos de "boy-scout". Se rasca la cabeza. Explica que no hay nada que temer, nada que temer, absolutamente nada que temer. Él desea solamente que todos se duchen frecuentemnte (pero no hay una ducha en 30 kilómetros a la redonda). Los que se han aproximado a las bombas lavarán o quemarán sus ropas. En cuanto a la cosecha de tomates, habrá que tirarla. No es que sea radioactiva, ¡nada de eso! Pero los tomates tendrán olor a nafta: no serán comestibles. De todos modos, todo el mundo será indemnizado. En Norteamérica el que rompe los vidrios, los paga.

**Tercer acto.* Al cuarto día llegan los periodistas. Son 250. Su público ha leído a James Bond y pide más. Si se les suministra alguna información, la verdad podría aparecer. Pero jamás, en sus carreras, se han encontrado con un tal muro de silencio: la censura franquista multiplicada por la censura norteamericana. "No comment", repite, incansablemente, el general Wilson. En Madrid, el Ministro de Información da a entender que la mano de Dios ha protegido a Palomares y continuará haciéndolo. Entonces, los periodistas inventan. Los más honestos escriben su folletín cotidiano en condicional, los otros en presente.

Porque uno de los pilotos salvados llevaba una caja negra que se le escapó para caer en el mar, se dice que el ejército no está buscando una bomba sino el código secreto gracias al cual el presidente de los EE.UU. puede desencadenar la guerra nuclear. Y basta que de eso se hable para que un pescador encuentre la cajita en sus redes. Porque tres naves aparejan y un destróyer se va y porque no se ve más a los hombres-ranas a través de los prismáticos, se dice que la bomba ha sido encontrada. Porque uno se aburre se adivinan submarinos soviéticos que pasan al claro de la luna, y balandras chinas y . . . marcianos . . .

**Cuarto acto.* Al octavo día las opiniones públicas entran en danza. En Madrid, 121 intelectuales (ha leído usted bien, 121) protestan fuertemente. Delante de la embajada de los EE. UU., 500 manifestantes gritan: "¡Yankees asesinos!". Un petitorio por la eliminación de las bases extranjeras en España recoge 5.000 firmas, lo cual es mucho para una nación durante tan largo tiempo anestesiada. Parece ser que, hasta en los medios políticos y militares de la extrema derecha gubernamental, se ha sentido la humillación en la fibra nacional. Pero la política tiene sus necesidades que el orgullo no conoce y las autoridades españolas terminan por cantar las loas del "'gran aliado norteamericano cuyas bombas nos protegen de los Soviets".

Entretanto en Londres, en Bonn, en Tokio, los diputados interpelan a sus gobiernos. En Ginebra, la U.R.S.S. acusa a los norteamericanos de contaminación de la alta mar y de violación del Tratado de Moscú. Washington responde que el mecanismo de bloqueo de las bombas funciona perfectamente en caso de catástrofe aérea y que un proyectil bloqueado (como es el caso) puede resistir al fuego y a los peores choques. Es la teoría. Los técnicos agregan que el mismo accidente se ha producido ya dos veces en Maryland y en Carolina del Norte y que los ciudadanos norteamericanos no han hecho tantas historias. Y, además, es un acontecimiento muy raro. Eso es verdad: la muerte también es muy rara, al menos cuando llega para los otros.

En realidad, los EE.UU. esconden mal su preocupación en este asunto y, en el seno mismo del Pentágono, la colisión aérea de Palomares hace resurgir una vieja polémica entre los partidarios de los cohetes y los partidarios de los aviones como portadores de proyectiles nucleares. Es probable que McNamara aprovechará para arrancar a la antigua escuela lo que hasta ahora no ha podido obtener: el abandono progresivo de los B.52.

Un acto imaginario

**Quinto acto.* Las búsquedas continúan. El Papa dirige una carta conmovedora al presidente Johnson. El Consejo de Seguridad de la UN se reúne a pedido de la India y decide enviar una comisión internacional al lugar de los hechos. Aragón hace un poema sobre la bomba perdida y Picasso un fresco sobre el mar envenenado. El general de Gaulle llama a su embajador en Washington. Estoy exagerando tal vez . . . pero seguramente no bromeo. Me conformo con imaginar lo que hubiera ocurrido si dos aviones norteamericanos en llamas y cuatro bombas atómicas hubieran caído sobre el puerto de La Rochelle, sobre Ostende o sobre Capri.

Afortunadamente, cayeron sobre Palomares, y es una gran suerte para todo el mundo! Los españoles no han tenido ninguna víctima, ni un herido, ni un enfermo. La Virgen velaba. En cuanto a los norteamericanos, han perdido quizá siete hombres más después que un Globemaster de la operación "flecha quebrada" se abatió sobre la Sierra Nevada, pero, aun perseguidos por los sarcasmos del mundo entero, respiran con comodidad. Sus bombas han sacado a la lotería una de las provincias más pobres del país de Europa que les es más dócil y sumiso, un país que ya fue alcanzado, hace 26 años, por otra clase de radioactividad: la de la guerra civil.

Esa será la causa de que no haya un verdadero quinto acto. La mayoría de los periodistas, aburridos, han dejado Palomares. Por espíritu de contradicción, yo he llegado el último, arrastrando una vieja idea que los dramas comienzan siempre en el momento en que uno cree que terminan. ¿Y si hasta me escribiera mi novelita? En el burgo colgado de Mojacar, que domina la bahía, los pibes miran la televisión del boliche colocada justo al lado del *affiche* que anuncia las horas de misa. Después, descendiendo la ruta sinuosa hacia Palomares he visto la armada norteamericana anclada fuera. Extraña planicie costera en la que se encuentran tantas ruinas de antiguas manufacturas como chalets de vacaciones en construcción. A la entrada de Palomares, guardias civiles verdosos con los bicornios negros de cartón encerado, rechazan a quienes se presentan sin autorización. Este mes de locura ha sido suficiente para que estén atacados de espionitis. Manosean mis papeles como los niños de Palomares manosearon las bombas.

"La desgracia está en el porvenir"

El campo norteamericano está instalado bajo los muros ruinosos de una antigua mina de plomo o de plata.

"Pero naturalmente, usted puede visitar" —me dice un oficial—. "Mire todo y haga sus propias deducciones. Yo no tengo nada que decirle. ¡Ah! no, por allí no, está prohibido... Venga mejor por este otro lado, podrá comprar Philip Morris a 20 centavos el paquete. ¡Vea!, esos son los dos únicos habitantes del país que trabajan para nosotros, el peluquero y el lustrador. Para el resto nos bastamos a nosotros mismos." Al cabo de un momento, lo miro de lado y resuelvo preguntarle si es cierto que los hombres-ranas han encontrado vasos fenicios.

Ustedes habrán leído, como yo, que los habitantes de Palomares seguían la operación "flecha quebrada" con aires de burla y cantaban un nuevo canto flamenco: "La bomba perdida". ¿Sí? Escuchémosles: "Primero es el pescado que no se vende

más. Después los turistas que no osarán volver. Y más tarde, caeremos enfermos lentamente. Por ahora nadie tiene nada, pero la desgracia está en el porvenir."

Al cabo de cinco semanas, el laboratorio ambulante de detección radioactiva sigue funcionando cerca de una casa de la aldea y los soldados continúan inutilizando terrenos enteros. En el va y viene de los camiones-cisterna, un muchachito de ocho años me corre detrás y se toma de mi traje. ¿Va a pedirme dinero? No. Tiene el rostro vacío. Resumo en un amplio gesto todo lo que aquí está pasando de increíble y le pregunto: "¿Qué piensas tú de todo esto?" Contesta con el tono más natural del mundo: "Creo que me voy a morir, pero no sé cuando..."

Y ahora, ¿qué podría decir? ¿Qué es lo probable? ¿Qué es lo cierto? Se está casi seguro, a la hora en que escribo estas líneas, que la cuarta bomba atómica sigue escapando a los norteamericanos sobrenadando entre 300 y 500 metros de profundidad, justo frente a la playa, en la prolongación de la línea recta que une los otros tres puntos de caída. El problema es saber al cabo de cuanto tiempo corre el riesgo de desmantelarse. Se sabe con certeza que la segunda bomba se fisuró al caer sobre las rocas y la mayoría de los testigos aseguran que por lo menos uno de los detonadores explotó liberando elementos radioactivos. Quince hectáreas estarían contaminadas. Doscientas serían sospechosas. Se trata de una radioactividad relativamente débil, pero que ha tocado a algunos habitantes y será necesario un largo tiempo para juzgar los efectos. Por otra parte, los norteamericanos parecen instalarse para una estación, quizá por más tiempo. Parece que sus maniobras secretas toman más y más amplitud.

Hasta el muchachito de ocho años lo ha comprendido. Si las autoridades no dicen nada, es porque las novedades no son buenas. ¿Durante cuánto tiempo se hablará todavía en Palomares de la bomba llamada "silencio", antes que el azul del mar haya terminado por tragarla?

Christian Maurel

GHANA

La caída de un profeta: Nkrumah

"No tocarán a los viejos. Jamás se atreverán", afirmaban a comienzos de este año los profesores franceses, ingleses y antillanos que, en la universidad ghaneana de Legón, enseñaban marxismo y economía del desarrollo.

Los profesores se equivocaban. Se han "atrevido": en la noche del 23 al 24 de febrero, el coronel Kotoka llevó a Accra el 2º Regimiento de Infantería, ocupó los centros fundamentales de la ciudad y libró, contra los guardias del palacio presidencial, Flagstaff House, un combate que terminó con la rendición de éstos. En menos de 48 horas un puñado de militares, sostenidos por algunas unidades de policía, terminó con el gobierno republicano de Ghana. El presidente de la República, primer ministro y secretario general del partido, Nkrumah, estaba, desde hacía tres días, fuera del país. Viajaba hacia Pekín.

¿Cuáles son los motivos profundos de este golpe de Estado, el octavo en dos años, de que es víctima un régimen del Africa negra? ¿Por qué el éxito, aparentemente fácil, de los putschistas? ¿Por qué esa profunda indiferencia de un pueblo que debe literalmente todo a su jefe caído?

Ghana, la primera de las repúblicas del Africa negra que se liberó por sus propios medios, conquistó la independencia en 1957. El movimiento nacionalista, encarnado en el Partido de la Convención del Pueblo (C.P.P.), llegó al poder y permaneció en él sin interrupción hasta el 24 de febrero de 1966. Sus realizaciones económicas y sociales son impresionantes: en 1956 el salario medio de un obrero de Ghana llegaba aproximadamente al 30 % del salario medio de un obrero inglés; en 1962 esos salarios seguían no siendo iguales pero el obrero de Ghana ganaba sólo un 20 % menos que el obrero británico medio. En 1962, igualmente, el ingreso anual medio por habitante se había elevado al equivalente de 1.225 francos franceses. En el mismo año, esa media para

el Africa del Oeste, no era más que de 550 francos franceses. Reformas de estructura profundas y rápidas, cambiaron la morfología de la economía de Ghana. La propiedad privada desaparecía gradualmente en varios sectores. El sector agrícola sufrió una profunda reorganización: en 1963 el país tenía ya más de 1.200 cooperativas agrícolas que explotaban, cada una, entre 90 y 400 hectáreas trabajadas.

Pero la remoción de las estructuras sociales, su remplazo en un tiempo récord por estructuras que se consideraban socialistas, la implantación de un sistema sanitario y de un sistema escolar enteramente gratuitos, la africanización rápida de los cuadros, la diversificación del sector agrícola y una política exterior de prestigio, agotaron, en menos de cinco años, los recursos financieros del Estado.

La crisis estalló en setiembre de 1961. El presupuesto de ese año preveía gastos que sobrepasaban en 82 millones de libras a los del año precedente. Un sistema de ahorro forzado para los asalariados (5 a 10 % de los salarios retenido), un aumento de los impuestos directos e indirectos que, en algunos casos, llegaba hasta el 80 % (especialmente para el té, el azúcar y el pescado), provocaron reacciones imprevistas. El 4 de setiembre, en tanto que Nkrumah estaba en Londres, los estibadores de los puertos de Sekondi y Takoradi se declararon en huelga. El movimiento se extendió como un incendio.

Sin embargo, la policía y el ejército permanecieron fieles al gobierno. Nkrumah estaba fuera del país desde hacía nueve semanas pero, en Flagstaff House, su lugarteniente y delfín de la época, Adamafio, tuvo sólidamente las riendas del poder. En diciembre los líderes espontáneos del movimiento reivindicativo fueron arrestados y llevados ante la justicia.

Pero el Congreso de Sindicatos (T.U.C.) y el C.P.P. salieron de esta prueba debilitados para siempre. Los ferroviarios de Koumasi y los estibadores de Accra no olvidarían más los insultos de Adamafio. Porque ellos rehusaban al gobierno el derecho a sacarles una parte de sus salarios ya muy empobrecidos por la inflación, él los había llamado "saboteadores" y "sirvientes del imperialismo" y había mandado contra ellos los carros blindados de la policía.

Después de un exilio de casi 15 años en América y en Londres, Nkrumah había vuelto a su país el 14 de noviembre de 1947 nutrido por las enseñanzas de los revolucionarios birmanos, hindúes y senegaleses que había conocido en Soho, el joven universitario de la Convención del Pueblo (C.P.P.). Paso a paso, conquistó el gobierno semi-autónomo (1951), el gobierno autónomo (1954) y por fin la completa soberanía (1957). El C.P.P. se convirtió en 1960 en partido único. Cualquiera que haya vivido, aunque sea un período relativamente corto, en el interior del país, sabe el papel que desempeñaban en cada aldea las secciones del C.P.P. La tribu perdió, gracias al C.P.P., todo su peso político.

Sin embargo, retrospectivamente, parece ser que Nkrumah cometió, un cierto día de 1960, un error fatal: aceptó el reclutamiento coercitivo al C.P.P. Después de esa decisión, el C.P.P. que había sido un partido revolucionario de vanguardia, llegó a tener 2 millones de miembros, cifra realmente impresionante en un país de 8 millones de habitantes. Pero, ese reclutamiento coercitivo explica parcialmente por qué el partido quedó totalmente paralizado por el putsch. De sus decenas de millares de células, de sus millares de secciones, ni una se levantó contra la aventura militar. Los ghaneanos son los tejanos del Africa. Hombres sanos, grandes, drapeados en sus magníficas togas, temen a Dios, blasfeman, danzan, ríen y beben cantidades impresionantes de cerveza tibia. Son hombres llenos de temperamento, alegres, simpáticos. Nkrumah, salido de una tribu poco importante, la de los N'Zima, era, entre ellos, casi un extranjero.

A medida que los años pasaban, el "Osagyefo" (el Redentor) rompía cada vez más los vínculos que lo ligaban al mundo brillante, colorido y suntuoso de sus compatriotas. Había perdido, sucesivamente, a sus dos amigos íntimos: George Padmore y Geoffrey Bing. Tres veces, una bomba seguida de una ráfaga de ametralladora, estuvo a punto de matarlo. En el fondo del laberinto de cuarteles, oficinas, casas y jardines que es Flagstaff House, llevaba ahora la vida austera de un profeta desilusionado por su pueblo.

Trabajaba 16 a 18 horas diarias, pero trabajaba solo. La separación entre Flagstaff House y la muy próxima terraza del Star Hotel en el cual sus ministros bailaban y bebían cerveza, se hizo tan grande que el propio gobierno se fue dislocando lentamente. El ala derecha con Gbedemah, notable financista, to-

mó primero el camino de la prisión y luego el del exilio. Finalmente, el año último, Adamafio y Adjei, los dos teóricos de la extrema izquierda, fueron acusados ante la justicia de complotar contra el gobierno, condenados a muerte y luego perdonados. En la sociedad, Nkrumah, leía, escribía, construia sus gloriosas y potentes visiones sobre la "suma óptima del desarrollo" y el "gobierno continental". Pero en esa carrera hacia las cimas que él alcanzaba tan fácilmente con la imaginación ¿hasta qué punto intervino el delirio? ¿Por qué consintió un culto a su personalidad que lo arrastró a graves excesos? Parece difícilmente concebible que un hombre equilibrado no se haya alarmado al encontrar en cada esquina su propio cuerpo esculpido en bronce o en mármol o dibujado, en pleno cielo nocturno, por múltiples lamparillas eléctricas . . .

De los siete miembros del Consejo Nacional de Liberación que ha reemplazado a Nkrumah y que destruye sistemáticamente su partido, ni uno solo es conocido fuera de los cuarteles. Una excepción posible es el general José Ankrah. Pero no hay medida común entre ese general, presidente de un comité de putschistas y el caído fundador de la República. Los dos son sensiblemente de la misma generación (57 y 49 años). Sin embargo, mientras Kkrumah formaba su espíritu en la Universidad de Lincoln y luego en los mitines de Londres y Manchester, Ankrah conocía la vida en los cuarteles británicos. Nkrumah se vinculaba con Nehru, Krishna Menon y Kenyata, mientras Ankrah lo hacía con los sargentos y cabos del ejército colonial. Mientras Ankrah seguía la fácil carrera del oficial subalterno del West African Rifles, Nkrumah, con un pequeño grupo de fieles, recorre los bosques de Ashanthi y las sabanas del Norte de su país, predicando a un pueblo incrédulo su exigencia única: independencia, independencia.

El putsch militar de Ghana muestra una vez más esta evidencia escandalosa: la fuerza bruta de algunas ametralladoras puede arrasar no importa qué estructuras sociales, no importa qué sueño de reforma de no importa qué hombre de Estado, por muy excepcional que él sea. Como Platón en Siracusa, Kkrumah ha fracasado en Ghana. No deja por eso de ser cierto que el profeta caído pertenece ya, por sus palabras y por algunos de sus actos, a la historia más gloriosa del Africa.

Jean Ziegler

BRASIL: EL MAYOR POLVORIN DE AMERICA LATINA

Reproducimos la primera entrevista concedido a la prensa por los dos líderes del movimiento agrario brasileño Francisco Juliao y el sacerdote Francisco Lage, después del golpe militar del 1º de abril de 1964 que derrocó al presidente Joao Goulart.

Hay actualmente en Brasil quinientos presos políticos y más de 2.500 exilados políticos, privados de sus derechos civiles, perseguidos por delitos de opinión, que se exilaron saliendo clandestinamente de su país después de haber sido condenados a graves penas. Entre esos exilados se cuentan hombres sobresalientes de la vida cultural y política brasileña como Josué de Castro, el arquitecto Niemeyer, el economista Celso Furtado, los gobernadores Brizzola y Arraes, los dirigentes agrarios Juliao y el padre Lage. Estos últimos se refugiaron en Méjico que fue el único país de América Latina que les concedió asilo y allí fueron entrevistados por Michel Bosquet.

"Mire las marcas violáceas que el Padre tiene en las mejillas —dijo el amigo mejicano que me conducía hacia la pobre iglesia situada en un barrio de casuchas próximo al centro de Méjico— son cicatrices de quemaduras, quemaduras de cigarrillos. Cuando el Padre llegó, después de ocho meses de prisión en Brasil, estaba cubierto de llagas."

En el oscuro corredor de ese presbiterio que le sirve de alojamiento, es difícil distinguir los rasgos del Padre Lage vuelto a su función de cura de una parroquia obrera. Recién en la calle distinguí las manchas violáceas en el rostro de pastor británico de ese hombrecito delgado, de alrededor de 45 años, vestido con un traje negro, pues la sotana está prohibida en Méjico después de la revolución.

No se percibe ninguna vanidad en la voz del Padre, cuando habla: '"Soy quizás el sacerdote que ha hablado a las más grandes masas de América Latina: a centenas de millares de personas en las ciudades y en los campos de Brasil". Lo enuncia en el

tono de una constatación, con una voz calma, modesta, que contrastará extrañamente con la pasión de sus afirmaciones. Por ejemplo: "En Francia, yo sería cura obrero, pero con una profunda angustia, porque los obreros franceses no hacen la revolución".

¿Quién es pues el Padre Lage? ¿Uno de esos sacerdotes generosos que, como el Padre Camilo Torres, recientemente asesinado en Colombia con las armas en la mano, dejan la sotana para combatir con el pueblo, aunque declarando (como lo hizo Camilo Torres, en una de las últimas entrevistas) que rechazan el marxismo, el comunismo y la revolución, pero que desean las urgentes reformas que sus países necesitan? No, el Padre Lage es de otra pasta. Se proclama revolucionario y socialista.

Pregunto al Padre cómo llegó a la acción revolucionaria. ¿Es de origen humilde? No: proviene de una familia de grandes propietarios terratenientes, de la cual no habla ("Mi familia es la Iglesia") y ha elegido vivir con los pobres. ¡Y qué pobres! Los "favelados" que, en Belo Horizonte, capital de la provincia de Minas Geraes, vegetan por millares en las "favelas" que son los más horribles tugurios del mundo. Un día los "favelados" se levantaron, organizados y guiados por el hombre a quien reconocían como líder y que fue elegido luego diputado nacional de su Estado: Francisco Lage, cura.

Detenido después del putsch de abril de 1964, el Padre Lage fue encarcelado preventivamente durante ocho meses, torturado y luego condenado a 28 años de prisión.

¿Veintiocho años de prisión por haber organizado a los favelados de Belo Horizonte? No: el Padre había hecho algo "peor". Había recorrido en todos los sentidos la tierra brasileña para organizar a los campesinos miserables. Gracias a él se crearon en Brasil dos mil sindicatos campesinos; sindicatos que, a diferencia de las esqueléticas organizaciones oficiales, que en la práctica ellos hicieron desaparecer, adoptaron la línea revolucionaria intransigente de Francisco Juliao, fundador de las ligas campesinas, teórico de la lucha armada que parte del campo para ganar las ciudades.

"El pueblo es mucho más radical (en el sentido de revolucionario) que todos los que se dicen radicales —dice el Padre. No acepta la idea de la reforma agraria. Cuando se les hablaba de ella a los

campesinos, . vantaban sus voces y gritaban: "¡La tierra! ¡La tierra!". Esto significa que no querían que se les entregara a cada uno una parcela de las tierras incultas que se pudieran retacear a los latifundios, sino que querían que todos los latifundios fueran dados a quienes los trabajan: lo que anhelan es la colectivización de las grandes propiedades."

Siempre en un tono de constatación objetiva, el Padre emprende una crítica (de izquierda) a la línea seguida, hasta ahora, por el partido comunista brasileño: linea más moderada que la de otros partidos comunistas latino-americanos y que es actualmente objeto de una revisión radical:

"Los comunistas han creído que debería pasarse por la etapa burguesa para hacer pasar al Brasil del feudalismo al capitalismo industrial. Estaban por el capitalismo como primera etapa, pensando que la revolución sólo podría hacerse después. Les hemos dicho que se equivocaban. Nosotros estamos contra el capitalismo. Nosotros creemos que las masas obreras serán revolucionarias sólo cuando los campesinos hagan la revolución. Respetamos a Marx, pero Marx no era infalible y no previó nuestra situación."

—"Padre —le dije—, cuando usted dice "nosotros", ¿de quién habla?".

Mi pregunta parece absurda al Padre Lage que responde que él se ha entregado a la Iglesia, que él actúa en la Iglesia y con el conocimiento de sus superiores.

"Sin exagerar —agrega— puedo decir que mis posiciones son la de al menos mil sacerdotes brasileños, que están ligados a las masas y sufren con ellas. Hemos perdido toda mentalidad paternalista. Si la Iglesia europea tiene algo que enseñarnos es *lo que no debemos hacer*. No queremos ningún profesor de revolución. Entre los políticos exilados, Arraes, Brizzola, Juliao y yo queremos una revolución socialista, pero hecha por nosotros."

Las masas, la Iglesia, la inteligencia revolucionaria, todo eso es una misma cosa para el Padre Lage: todo eso es "nosotros". "Nosotros" los dirigentes de los estudiantes revolucionarios cuya organización "continúa su trabajo al abrigo de nuestros seminarios". "Nosotros" los cinco obispos, conducidos por Monseñor José Távora, arzobispo de Aracaiu, que editaron en 1963 un manual de alfabetización titulado: "Vivir es lucha" y en el cual podía leerse:

"El pueblo del Brasil es un pueblo explotado —y no solamente por brasileños. Hay muchos extranjeros que explotan a nuestro pueblo. ¿Cómo sacar a nuestro país de esta situación?"

"Desde hace mucho tiempo —dice el Padre Lage— se enseña en nuestras escuelas católicas que el pueblo tiene el derecho de matar al tirano. Y el gran tirano, hoy, es el imperialismo, son los grupos económicos norteamericanos y los que hacen el juego a esos grupos. No hay ningún medio de abatirlos sin recurrir a la violencia. La no-violencia es una idea muy poética. En Francia hacen ustedes gran caso a Teilhard de Chardin. Pero nosotros no podremos ser teilhardianos hasta después de la revolución, no antes."

"Nosotros no tenemos ninguna esperanza de convertir a los imperialistas. Es demasiado tarde para que se vuelvan inteligentes."

"A la violencia establecida, debemos responder con la violencia de las masas: con una revolución socialista, específicamente brasileña, humana pero violenta. Porque la violencia está allí, en todas partes, alrededor de nosotros: en el hambre, en la prostitución de los niños, en la muerte de los recién nacidos que es uno de los más grandes crímenes perpetrados en el mundo por el imperialismo."

Resumo los hechos y las cifras que me da el Padre Lage: en la población del Nordeste brasileño —23 millones de habitantes— la vida media es de 30 años. Las tres cuartas partes de los habitantes sufren de hambre todos los días, sufren enfermedades provocadas por el hambre, degeneraciones biológicas producidas por el hambre. Cada año, 200.000 niños mueren de hambre, es decir, cerca del tercio de los que nacen. Abandonados por sus padres que no pueden alimentarlos, prostitutas de diez, once y doce años se venden en las plazas de Recife, capital de Pernambuco. De los 100.000 habitantes de Teresina (capital del Piaui), 20.000 son tuberculosos. De los 82 millones de habitantes del Brasil, 32 millones sufren enfermedades atroces que debilitan, estropean o enceguecen antes de matar. Los gastos del Ministerio de Salud Pública no representan más que un tercio de las ganancias repatriadas cada año por los trusts farmacéuticos extranjeros implantados en el Brasil.

Así el Padre Lage habla burlonamente de la nueva panacea que los imperialistas (entiéndase: los

norteamericanos) recomiendan al Brasil: el control de la natalidad. El gobernador Arraes ha calculado que, sólo en el Nordeste, sus 23 millones de habitantes disponen de nueve veces más tierra fértil de la que utiliza Japón para nutrir sus 100 millones de habitantes. Pero las tierras del Nordeste son esterilizadas por el feudalismo, mientras millones de campesinos mueren, sin trabajo, en la zona semiárida.

"Tenemos ocho millones y medio de kilómetros cuadrados (16 veces la superficie de Francia) y solamente 82 millones de habitantes —dice el Padre Lage—; el índice de fertilidad de nuestra tierra es quizá el más elevado del mundo. Tenemos todos los minerales, todo lo que es necesario para un rápido desarrollo. Lo que nos falta es el dinero y lo exportamos a los EE. UU. Cuando hayamos duplicado nuestra población, seremos tan fuertes como China y podremos hacer la revolución. El punto de vista de la Iglesia coincide aquí con el de los marxistas."

Pregunto al Padre Lage para cuándo prevee esa revolución y cuál será su forma.

Me responde indirectamente:

"Conocerán el camino de nuestra revolución cuando hayamos triunfado. No puedo decir más, pero quiero agregar que no somos anti-comunistas porque no tenemos ninguna razón para serlo. Nuestra revolución será socialista, pero será más humana que las otras: se hará no solamente para asegurar una producción y una repartición de las mejores riquezas, sino también para fundar una auténtica cultura popular. Las masas quieren comer, pero quieren también comprender y vivir libres."

El Padre Lage no dijo más. La conversación tomó otro curso mientras llegamos donde se encontraba Francisco Juliao. el líder campesino más prestigioso de América Latina.

Para llegar hasta Juliao ha sido menester desplegar toda clase de astucias. Todas las policías lo vigilan, la C.I.A. norteamericana a la cabeza. Para escapar a esta vigilancia, él va de un domicilio a otro y una sola persona es advertida, a último momento, del lugar donde va a encontrarse por unas cuantas horas.

Apenas llegó a Méjico, hace algunas semanas, dos "gusanos" (anticastristas cubanos) y un norteamericano se alojaron en el mismo inmueble que él y

un micrófono en miniatura fue escondido en su teléfono.

Lo mismo que el Padre Lage, Juliao no es de origen popular. Es nieto de un latifundista y ha estudiado derecho. Tiene la pasión de escribir y se le deben algunas obras importantes de la literatura brasileña. ¿Cómo se convirtió en líder revolucionario?

"A los 18 años, después de haber leído el "Anti-Dühring", me convertí al marxismo. En 1939, tenía 23 años, éramos como pocos abogados jóvenes los que defendíamos a los campesinos. No tardamos mucho en comprender que la defensa de los campesinos no era un simple problema de derecho."

Es un hombre pequeño; habla con una voz sorda, en frases breves y precisas. Sólo la intensidad de la mirada, los silencios y el gesto breve y definitivo que puntúa ciertas frases, revelan al tribuno popular, al jefe.

"Teníamos como tesis —prosigue Juliao— que los campesinos mejor preparados para la lucha revolucinoria no eran los peones que vendían solamente su fuerza de trabajo a un latifundista, sino los arrendatarios, que alquilan la tierra a los latifundistas más retrógrados y pagan en dinero, en productos o en servicios un precio siempre excesivo."

"Esos arrendatarios eran los más fáciles de organizar. Tenían un poco de seguridad, algunas economías y eran conscientes del valor de su trabajo: el campo que arrendaban era siempre más pequeño que el que hubieran sido capaces de hacer producir. Si les prometíamos la propiedad de la tierra hacíamos de ellos soldados de la revolución. En ellos encontrábamos el eslabón más débil del sistema."

"Los peones, por el contrario, son casi-nómades miserables, sin ninguna seguridad, sin conciencia del valor de su trabajo. No serán revolucionarios más que en una segunda fase."

El primer gran acontecimiento se produce en 1955. En Galilea, localidad del interior de Pernambuco, 4.000 campesinos se agrupan en una cooperativa para construir una escuela para sus hijos. El latifundista, en efecto, les rehusa toda posibilidad de educación, aunque la ley le obliga formalmente a proveerla. Cuando él expulsa de sus tierras a esos siervos que pretenden aplicar por sí mismos la ley que él no cumple, los campesinos toman un abogado: Francisco Juliao. Es así como nace la primera Liga

campesina del Brasil. Después Juliao es elegido diputado nacional.

Durante los años siguientes las Ligas campesinas proliferan. Estudiantes revolucionarios van a unirse a Juliao. Los trovadores que, tradicionalmente, recorren la región recitando en las aldeas poesías de origen popular, se convierten en propagandistas revolucionarios. Los panfletos de Juliao, de una simplicidad bíblica, de una poesía ardiente y triste, se insertan a maravilla en esta literatura popular.

Ocupaciones de tierras, huelgas, choques sangrientos con los matadores a sueldo de los latifundistas, se multiplican. Los campesinos se procuran armas y, desde 1960, Juliao es temido en los EE. UU. casi tanto como Fidel Castro.

"Tardamos bastante tiempo en comprender que esas actividades literarias no podían ser eficaces, que las leyes seguían siendo letra muerta y que, en definitiva, eran los latifundistas los que aplicaban sus propias leyes. El salario mínimo de los peones, por ejemplo, sigue siendo el mismo desde 1943. No lo han tocado nunca. Nada puede ser obtenido sin la lucha de las masas que son en un 90 % analfabetas."

En el pasado se ha reprochado frecuentemente a Juliao, y lo han hecho en especial los comunistas, el tomar posiciones intransigentes y extremas y el rechazar la alianza con la burguesía industrial y los obreros, con los gobiernos de Quadros y Goulart que llegaron a hacerle algunas propuestas. Juliao fue, a menudo, clasificado como "chinoísta".

Lo que ocurre es que el análisis clásico se aplica difícilmente al Brasil. Allí la clase obrera es poco numerosa y relativamente privilegiada. En los grandes centros y particularmente en San Pablo, ha obtenido salarios relativamente elevados y tiende a defenderlos contra las masas rurales famélicas que, aproximadamente desde 1930, se vuelcan en las ciudades donde la industria no tiene suficientes empleos para ofrecerles.

El sindicalismo obrero permanece moderado y débil. Los partidos tradicionales son partidos de clientela, sin ideología ni programa. Cada Estado elige un número de diputados proporcional a su población, pero los analfabetos no votan. Esto hace que la población rural iletrada (que constituye la mayoría) esté representada en el parlamento federal por la oligarquía de los propietarios y que éstos,

de quienes no hay nada que esperar, dominen los aparatos de los partidos.

"Castello Branco —dice Juliao— ha prestado un gran servicio a la revolución disolviendo los partidos. El parlamento está de rodillas frente a los militares. Más que nunca las elecciones son una farsa. Al menos no engañan ya a nadie. La "democracia" que tuvimos bajo Kubitschek y Goulart ha terminado para siempre. Es en las luchas más duras que se forjan las verdaderas liberaciones. El partido que nosotros queremos es un partido que surja de las masas en circunstancias revolucionarias."

Sobre una alianza posible con la burguesía industrial, los análisis de Juliao y de Celso Furtado se identifican: industriales y terratenientes feudales marchan de la mano. El putsch de 1964 fue hecho contra la revolución industrial y burguesa que Goulart buscaba promover.

"Entre los industriales y los latifundistas —dice Juliao— existe una alianza que los comunistas han desconocido durante largo tiempo. Muchos latifundistas son industriales y recíprocamente. Los plantadores de azúcar, por ejemplo, son propietarios de ingenios y los refinadores, dueños de plantaciones. La solidaridad de los feudales y de los burgueses es no sólo económica sino también política e ideológica. No bien las masas rurales se agitan, la burguesía se alía con sus supuestos enemigos."

"Es por esto que nosotros creemos en la alianza con elementos progresistas aislados de la burguesía, pero no en la alianza con la burguesía como clase. El putsch del 1º de abril de 1964 nos ha dado la razón."

Ese putsch se realizó en unas pocas horas. Como atontadas, las masas de Río de Janeiro que, la víspera aún, aclamaban a Goulart, no reaccionaron mientras se detenía a sindicalistas obreros, líderes estudiantiles e intelectuales. Los dirigentes de las Ligas campesinas fueron, en su mayor parte, tomados prisioneros o matados por sorpresa. Juliao estaba de viaje. Después de esa derrota consternante, ¿cómo encara hoy la lucha revolucionaria?

"Nuestra experiencia de Pernambuco, donde la economía está centrada en el azúcar —dice Juliao—, tiene grandes semejanzas con la de Fidel Castro. Si Pernambuco fuera una isla, podríamos repetir lo de Cuba: la densidad de población hace posible la guerrilla. Pero fuera de allí no pasa nada. Y Pernambuco es parte del Brasil, país que tiene un sentido casi fetichista de la unidad y la integridad nacional. No tiene sentido pensar en fragmentar el país, en organizar una secesión en tal o cual Estado. Es necesario que los líderes calculen en la escala de ese inmenso y complejo país. Es muy difícil, pero no es imposible. En efecto, los mismos problemas se plantean en los Estados industriales y en los Estados agrícolas del Brasil. En el Estado de San Pablo, el más industrializado, hay actualmente un millón de campesinos sin tierra. El proletariado de San Pablo comprende masas desarraigadas de todas las regiones del Brasil. No tenemos ningún sentimiento regionalista. No hay más que un sentimiento de clase. Es la lucha clase contra clase la que será decisiva, no la lucha de una región contra otra."

Hay un silencio, como si Juliao saltara varias páginas de un libro; luego sigue:

"Nuestra revolución será un proceso largo, muy largo. La intervención de los EE.UU. será inevitable. Porque el Brasil arrastrará tras sí a toda la América Latina. Cuando el pueblo brasilero se levante contra la oligarquía, el imperialismo norteamericano temblará sobre sus bases en todo el Continente. Y reaccionará como en Vietnam; pero aquí deberá emplear cinco veces más efectivos que allá. La liberación de América Latina comenzó en Cuba, continúa en Vietnam y se hará cada día más sangrienta. Sabemos que no tendremos ayuda de nadie. No la esperamos. Tomaremos las armas al enemigo."

Es casi innecesario preguntar a Juliao por qué él considera inevitable ese levantamiento: jamás un gobierno brasilero ha sido tan devoto de los intereses privados norteamericanos como el actual gobierno del mariscal Castello Branco; jamás el hambre, la desocupación, el éxodo rural y la corrupción que desvía hacia el mercado negro las donaciones de productos alimenticios, han proliferado tan gravemente y jamás el pillaje de la economía brasilera y la exportación de las ganancias hacia los EE.UU., que el arzobispo de Recife acaba de denunciar públicamente, han sido operados en una escala tan grande.

En la prisión o en el exilio, se ha afianzado una alianza entre tres hombres que antes se conocían poco y mal. Juliao compartió su celda de prisión con el gobernador Arraes y rinde vibrante homenaje a sus cualidades de hombre de Estado: adorado por

los intelectuales y las masas campesinas del Nordeste, sostenido por los industriales progresistas de San Pablo, Arraes, aunque exilado, goza de prestigio nacional. De Brizzola, gobernador exilado de Río Grande do Sul (bestia negra de los norteamericanos y de "su" candidato al poder, el ex gobernador fascista Lacerda), de Brizzola, que osó expropiar una compañía norteamericana (que debía al fisco más dinero que el que declaraba en su activo), Juliao dice: "Antes del putsch él tocaba la música 'de oído'; ahora aprende a tocar según la partitura, estudiando los clásicos del marxismo."

A ese triunvirato de exilados, el Padre Lage aporta el sostén del sector más avanzado de la Iglesia. Y los tres mil oficiales, excluidos del ejército después del putsch, serán los cuadros para la guerra popular de mañana.

Frente a ellos, el ejército de la oligarquía brasilera está dividido en tres facciones: los "bonapartistas" de Castello Branco, partidarios de una dictadura con formas constitucionales; los oficiales nacionalistas, apoyados por una parte de la burguesía industrial, que han sido relevados de los cargos de mando y reducidos a silencio y, por fin, los oficiales fascistas o "gorilas", que detentan todos los comandos y se preparan a voltear al mariscal Castello Branco para reemplazarlo por Lacerda, su líder civil.

"Los 'gorilas' tienen un ideólogo importante que es compatriota vuestro —nos dice Juliao—. Ese ideólogo es Charles Bidault, principal consejero político de Lacerda. La agresividad de Lacerda contra de Gaulle se explica, en parte, por esto. Si yo fuera francés hubiera votado por Mitterand. Pero, entre brasileros, decimos, en broma, que si de Gaulle fuese candidato en nuestro país votaríamos por él en la primera vuelta. Porque para nosotros ser de izquierda significa, en primer lugar, estar contra el imperialismo norteamericano."

MICHEL BOSQUET

Los artículos de Maurel, sobre España, de Ziegler, sobre Ghana y de Bosquet, sobre el Brasil, han sido publicados en **Le Nouvel Observateur** de París. La nota de Worthy, sobre Indonesia, se publicó en **The Minority of One** en los EE.UU.

CONFRONTACION EN INDONESIA

Aunque esta nota ha sido escrita con anterioridad a los tumultuosos acontecimientos ocurridos en Indonesia durante el mes de marzo, creemos que proporciona importantes antecedentes para ayudar a comprender la situación actual.

Después de la ruptura diplomática del príncipe Norodom Sihanouk con Washington, en mayo del año pasado un periódico de Phnompenh comentó que la partida de todos los funcionarios norteamericanos, incluyendo la red de la CIA operante en la embajada, mejoraría inmediatamente la seguridad interna de Camboya. El gobierno neutral había sobrevivido los esfuerzos que los agentes norteamericanos habían hecho para voltearlo durante diez años. En 1958, cuando la conspiración más importante fue descubierta y aplastada, la policía de Sihanouk encontró a un funcionario de la CIA (en calidad de agente del Servicio de Informaciones Norteamericano) en la villa de uno de los generales jefes del complot.

En el otro extremo del Mar Meridional de China. en Indonesia, con anterioridad al fallido golpe de estado izquierdista del 30 de setiembre, el gobierno del presidente Sukarno también se dirigía hacia una total ruptura con Washington. El 19 de agosto, el periódico semioficial Indonesian Herald, comentando el discurso pronunciado por Sukarno el Día de la Independencia, se preguntaba retóricamente si las duras palabras que el presidente había dirigido contra los Estados Unidos eran "la última advertencia al Tío Sam; o si era que el gobierno podría todavía controlar el sentimiento antinorteamericano siempre creciente en Indonesia".

Aun antes de que Sukarno se dirigiera a la nación en el 20 aniversario de la independencia, Washington y la CIA tuvieron el año pasado amplios motivos para temer la "pérdida" de este país de 105 millones de habitantes, tan rico en recursos naturales. Después del sensacional alejamiento de Indonesia de las Naciones Unidas, ocurrido el día de año nuevo, todo en Jakarta empezó a ir de mal en peor

para los Estados Unidos, Gran Bretaña y la vecina Malasia. En la sucesión continua de desaires, el más humillante fue la súbita expulsión del Cuerpo de Paz, en abril. Sukarno dio la orden de partida durante las conversaciones con Ellsworth Bunker, emisario personal del presidente Johnson, que se había precipitado a Indonesia para tratar de reparar las relaciones en pleno deterioro. Cuatro meses después, el Día de la Independencia, Sukarno habló a sus compatriotas sobre estas conversaciones:

"Tómese, por ejemplo, la experiencia de las negociaciones que hemos tenido con los colonialistas... cuando el señor Ellsworth Bunker vino y se llegó a un acuerdo entre el gobierno de la República Indonesia y el gobierno de los Estados Unidos, nosotros no cedimos... el "Cuerpo de Paz" norteamericano tuvo que dejar Indonesia. Con esto, nuestra madurez para enfrentar al imperialismo alcanzó un nivel más alto."

Un golpe y un contragolpe

Quizás la fecha del 5 de octubre, elegida para el golpe de estado que contaba con el apoyo de la CIA no estuviera directamente relacionada con la apertura en Jakarta de la Conferencia Internacional Contra las Bases Militares Extranjeras, programada para el 10 de octubre. Todos los años el 5 de octubre es el Día del Ejército y varios generales de derecha, de áreas alejadas, estaban convenientemente apostados con sus tropas en la capital. Pero si el golpe hubiese marchado como se había planeado, la conferencia hubiese sido probablemente cancelada, y el depuesto Sukarno no hubiese estado para pronunciar el discurso inaugural en el cual debía atacar "la subversión y la intervención de los imperialistas, por ejemplo, la CIA norteamericana".

Aproximadamente diez días antes de la fecha fijada para el putsch de los generales, se filtraron noticias que llegaron al jefe izquierdista (pero no comunista) de la guardia del palacio presidencial, coronel Untung. Infructuosamente, éste trató de conseguir apoyo de los líderes del Partido Comunista (P.K.I.) para un contragolpe coordinado contra el "Consejo de generales" que se había formado en secreto. Con el apoyo de fuerzas militares aparentemente escasas, a pesar de todo tomó la iniciativa en

la noche del 30 de setiembre. Seis de los generales derechistas más importantes fueron muertos. Dos de los principales, incluyendo al ministro de Defensa Abdul Haris Nasution, escaparon raspando. Durante varias horas, el coronel Untung controló Radio Jakarta y, al menos, parte de la capital. En este corto período y antes que el ejército contraatacara, distribuyó armas entre el pueblo, proclamó su apoyo al presidente Sukarno y nombró en un Consejo Revolucionario a algunos de los colaboradores más cercanos a Sukarno, entre ellos el primer ministro delegado y ministro de Relaciones Exteriores, Subandrio.

Durante tres meses, los corresponsales occidentales en Indonesia no mencionaron ni una vez las represalias masivas tomadas por los generales. Finalmente, el 13 de enero de 1966, Anthony Lewis, corresponsal en jefe en Londres del New York Times, rompió el silencio, citando a diplomáticos británicos que estimaban que habían sido masacrados entre 100.000 y 150.000 comunistas, sus simpatizantes y parientes, por turbas musulmanas armadas con cuchillos y generalmente inspiradas por el ejército y financiadas por la CIA. Tres días después, citando la cifra del presidente Sukarno de 87.000 "que se sabe que han sido muertos", un despacho del Times ampliaba la información sobre la participación directa del ejército en las matanzas en masa:

"Se cree que varios miles de rojos han sido ejecutados por el ejército."

Los editorialistas occidentales tienen aún sin contestar la pregunta que Sukarno formuló radialmente a su pueblo: "¿Debe ser pagada a semejante precio la muerte de seis generales?" Un mes antes, el presidente había pedido a sus compatriotas que cesara la matanza: "Por favor, paren, sino vamos a hundirnos desde adentro".

Desde comienzos de octubre, la intervención norteamericana en los asuntos internos de la sexta Nación del mundo se hizo más intensa que nunca. Al menos cinco atentados contra su vida han quitado a Sukarno cualquier ilusión que pudiera tener acerca de sus adversarios de los "servicios de inteligencia" norteamericanos y de sus actitudes reales con respecto a los nacionalistas afro-asiáticos. El 10 de abril de 1965, una semana antes de que se efectuaran en Indonesia las celebraciones del décimo aniversario de la Conferencia de Bandung, el editorial

del Indonesian Herald hablaba de "la conducta brutal e irresponsable de los Estados Unidos hacia los otros pueblos, estados y naciones. Matar a un jefe de estado, si es necesario, y si esto sirve a sus intereses en el exterior. Envenenar reservas de alimentos, si esto sirve a su política de "salvar al mundo del comunismo".

"Fuera del Sudeste Asiático"

El 27 de setiembre, exactamente 72 horas antes del contragolpe del coronel Untung, el Indonesian Herald recababa la atención de la inminente conferencia contra bases militares foráneas, acerca de "el rol de la CIA" al utilizar las bases extranjeras para "actos de intervención y subversión contra la integridad nacional de los países nuevos".

Tampoco tenía ilusiones el presidente Sukarno acerca de los elementos reaccionarios en sus propias fuerzas armadas. A comienzos de 1965, en la cúspide de la confrontación con Malasia, el secretario general del PKI, D. K. Aidit, propuso que el gobierno armara a 15.000.000 de campesinos y obreros indonesios como "contestación a la insolencia de los imperialistas británicos". Como la mayoría de los soldados profesionales, los generales de Jakarta se opusieron a la idea de la milicia popular que, de haber existido en octubre último, hubiera prevenido el giro a la derecha de los acontecimientos en el frente interno.

Inicialmente, Sukarno se sintió obligado (como en otras ocasiones frente a propuestas extremas del PKI) a dejar de lado esta sugestión de Aidit. Pero en agosto el país había girado considerablemente hacia la izquierda. En su discurso del día de la Independencia, el presidente retomó la idea de distribuir armas al pueblo. Aunque la disfrazó con el pretexto de la "defensa de una costa tan extensa como la nuestra", los generales pro-norteamericanos y sus mentores de la CIA se sintieron incuestionablemente perturbados por las implicaciones políticas.

En el mismo discurso político, Sukarno no dejó dudas sobre la dirección política y económica que planeaba seguir:

> "...a principios de este año (1965) el pueblo indonesio —en defensa de sus derechos contra los ataques de los EE.UU. que están brindando ayuda activa a la Malasia neocolonialista— se hizo cargo de capital norteamericano...
>
> ...este es un paso importante para la República de Indonesia que, por principio de autonomía, está embarcada en la construcción de su propia economía nacional, enteramente libre tanto del imperialismo como del feudalismo...
>
> ...sería bueno que el gobierno de los EE.UU. ponderara todo esto... porque nosotros tenemos pleno derecho... para nacionalizar o aun confiscar cualquier capital extranjero antagónico a la República de Indonesia."

Refiriéndose a la guerra de Vietnam, Sukarno hizo una agria advertencia a los Estados Unidos:

> "¡Fuera de todo el Sudeste Asiático!" Y después agregó:
>
> "Como hombre que ha comido la sal de la lucha, yo sé que el imperialismo nunca se ha rendido voluntariamente. Sólo se rinden si están forzados a hacerlo, esto es, forzados por un tremendo poder, por poderes y presiones nacionales e internacionales. En esto reside el significado de CONEFO — la Conferencia de Nuevas Potencias en Aparición — a realizarse en el 1966. Porque será a través de CONEFO que todas las fuerzas revolucionarias internacionales trataremos de unirnos... Yo siempre parto del hecho que es el imperialismo quien nos necesita y no nosotros los que necesitamos al imperialismo..."

Una lucha en "todos los continentes"

En su confrontación con sus adversarios norteamericanos, Sukarno disfrutó de una gran ventaja. Con su conocimiento enciclopédico de historia mundial y un gran sentido de futuro, puede anticipar generalmente las medidas políticas norteamericanas mucho tiempo antes de su estructuración en Washington. Sus escritos y sus discursos durante los últimos 40 años revelan su perenne facilidad para expresarse articuladamente ante un auditorio campesino analfabeto y para la confección de programas políticos con gran anticipación. Por ejemplo, ya en 1927, en un discurso muy citado actualmente, dio nombre al eje anti-imperialista Jakarta-Phnompenh-Hanoi-Pyongyang. Siendo un joven revolucio-

nario frecuentemente encarcelado por los holandeses, escribió:

"Si el dragón chino coopera con la vaca sagrada de la India, la Esfinge de Egipto y el pavo real de Burma, el elefante blanco del Siam con la hidra de Vietnam, el tigre de las Filipinas con el búfalo salvaje de Indonesia, el imperialismo internacional y el colonialismo serán necesariamente aniquilados."

Durante los primeros meses del año pasado, el Indonesian Herald reveló lo que Sukarno pensaba caundo expuso su teoría de la "confrontación" en la Conferencia de El Cairo de las Naciones no Alineadas, en 1965. "La diplomacia de la confrontación tiene que ser ejercida en todos los continentes. El neo-colonialismo tiene que ser resistido y debe ser derrotado en todos aquellos lugares donde amenace la libertad nacional." Sean cuales fueren los problemas domésticos del 1965, Sukarno hizo mucho para expandir los contactos diplomáticos de Indonesia con el Africa y, en un grado menor, con las naciones latinoamericanas dependientes de Washington.

En abril, durante las celebraciones de Bandung, Sukarno rechazó la posibilidad de coexistencia pacífica con los colonialistas occidentales. En el discurso que dirigió a los representantes de 35 naciones, declaró:

"Hemos aprendido por propia experiencia que no puede haber paz mundial mientras existe imperialismo... debemos destruir al imperialismo, aniquilarlo, y sólo mediante la fuerza de las armas es esto posible."

En el momento del golpe del 30 de setiembre prácticamente todos los observadores dieron por sentado que la conferencia contra bases militares iba a ser pospuesta o aun cancelada, como resultado de la insurrección derechista. Pero es difícil que el presidente Sukarno abandone uno de sus sueños largamente acariciados. Personalmente confirmó a los delegados de todo el mundo que debían llegarse a Jakarta. Con sólo una semana de atraso, inauguró la importante conferencia mientras trataba de frenar una abierta guerra civil. Pero en un despliegue

de arrogancia planeado para humillar al Presidente delante de sus invitados revolucionarios y anticoloniales, los paracaidistas comandados por oficiales derechistas irrumpieron en la conferencia y arrestaron a cinco miembros indonesios del Secretariado.

Desde que abandonó la UN en protesta por la elección de Malasia en el Consejo de Seguridad, Sukarno ha señalado a menudo el dominio norteamericano en esta organización. Se propuso boicotearla hasta que se reorganice completamente y sostuvo:

"Un parlamento capitalista a lo sumo "representa" y reprime a su propio pueblo, pero las Naciones Unidas "representan" y reprimen al pueblo de Corea, al pueblo de Kalimatan del Norte (la zona de Borneo del Norte que fue incorporada a Malasia con el consentimiento de la UN), a los pueblos oprimidos de todo el mundo."

¿Con Sukarno o sin él?

No fue por casualidad que un editorial del New York Times del 22 de diciembre recomendara al Fondo Monetario Internacional así como al nuevo Banco de Desarrollo Asiático (un proyecto norteamericano) y a un consorcio internacional (como en la India), "que tomara la delantera" asistiendo financieramente a una Indonesia en la cual el poder de Sukarno fuera reducido por los generales protegidos por la CIA. Al New York Times le parecía políticamente inhábil hacer aparecer la ayuda *norteamericana* como tal; esta ayuda directa "que fue hábilmente mantenida en la sombra durante los recientes levantamientos", daría al presidente Sukarno y a los comunistas la posibilidad de un contraataque.

En asuntos relacionados, el editorial del New York Times era análogamente sutil y sofisticado, incluyendo los varios esfuerzos para deponer al presidente Sukarno. Su prestigio, en opinión del diario, "es demasiado valioso; el ejército prefiere gobernar en su nombre". Occidente puede estar agradecido de que desde el golpe de octubre la confrontación militar con Malasia ha estado pospuesta por las preocupaciones internas en Jakarta. Según el editorialista, las exportaciones han decrecido abruptamente, la reserva monetaria está agotada, falta el arroz y la in-

flación aumenta. El New York Times teme una "insurrección comunista" en el caso que los líderes militares no resuelvan los problemas económicos, políticos y diplomáticos del país. Previene que el "mero hecho de haber desmontado la bomba de tiempo política del país, el poderoso PKI, no es bastante."

A fines de enero, el general Nasution y sus colegas parecían bastante insatisfechos con la resistencia de Sukarno a muchas de sus exigencias. Tuvieron que promulgar ellos mismos decretos regionales poniendo en la ilegalidad al PKI en nueve de los 18 distritos militares, luego que Sukarno se negó a poner fuera de la ley a este partido de 3 millones de miembros, dispersos por las 3.000 islas habitadas. Un despacho del New York Times del 21 de enero de 1966 decía:

> "Muchos observadores aquí creen que los líderes militares, en particular el general Abdul Haris Nasution, ministro de Defensa están simplemente aguardando una oportunidad para asumir el control del gobierno.
>
> Varios factores, sin embargo, los alejan del poder. En primer lugar, no están seguros de qué porcentaje de las fuerzas armadas apoyarían al general Nasution contra el presidente. De acuerdo a los informantes, la Fuerza Aérea se inclina decididamente hacia el presidente, tanto como la guardia del palacio y la mayor parte de los soldados rasos.
>
> ...y finalmente, el presidente Sukarno ha tratado de desacreditar al general, con acusaciones de influencias neo-colonialistas. El apoyo que el general Nasution ha obtenido de la prensa occidental, y en particular de las agencias norteamericanas, ha sido interpretado por muchos indonesios como un signo de su connivencia con Washington."

Frente a los ilimitados recursos económicos de la CIA para coimear y contratar asesinos, Sukarno y Subandrio, sin un partido propio en que basarse para maniobrar con los generales, parecen haber montado un retorno notable, aunque por supuesto relativo, desde que las órdenes del presidente eran abiertamente burladas por los generales. A mediados de enero, el presidente se sintió con fuerzas suficientes para expulsar a todos los corresponsales norteamericanos, pese a sus relaciones con poderosos líderes militares. Sukarno los acusó de mentir en sus despachos y de distorsionar el grado de poder que ejerce en el restringido gabinete interno (el Comando Supremo de Operaciones o KOTI) en relación con Nasution.

Desde octubre hasta enero estos mismos periodistas de Associated Press, United Press International, The New York Times y otras agencias reportearon gustosos la declinación abrupta del poder real detentado por Sukarno y Subandrio. Los periodistas estaban ocupados marcando los goles "pro-americanos" y "pro-Pekín" en la política indonesia (interpretados desde un punto de vista occidental) que dejaron pasar la mayor caza del hombre e historia criminal que se ha producido desde que los generales nazis, junto con la policía secreta de Himmler, arrasaron triunfalmente la Europa ocupada. Cuando los masacrados eran europeos, los periodistas que callan ahora y los líderes políticos de Washington se sintieron moralmente ultrajados. Difícilmente un asiático dejara de notar el doble standard con que juzgan la "política del terror".

No hay garantía de que en las próximas semanas o meses la CIA no consiga finalmente añadir a Sukarno a la lista de 87.000 ó 150.000 muertos. Con él muerto, Indonesia (como la India) quizás pueda ser controlada por un tiempo —algo imposible, mientras permanezca en el Palacio Merdeka—. Pero independientemente de esta posibilidad, antes que la década termine, la "victoria" de la CIA de 1955-56 va a ser vista como una derrota catastrófica de orden moral y político, en la escala épica de Vietnam y de la República Dominicana.

William Worthy

Como corresponsal del Baltimore Afro-American *estuvo William Worthy cinco meses de 1965 en Indonesia (en su tercer viaje en doce años), como parte de una gira de un año que lo llevó a Camboya y a Vietnam del Norte. Entre sus "viajes no autorizados" se cuentan visitas a Pekín, La Habana y Hanoi.*

LA GUERRA EN VIETNAM

(REVISTA DE REVISTAS)

Después de la mentada tregua de Navidad y de la bien llamada "ofensiva" de paz, la situación se ha agravado a tal punto en Vietnam que el mundo vive hoy, aún más agudamente que en 1965, con la preocupación de lo que puede ocurrir en el sudeste asiático. COLUMNA 10 ha publicado, en sus anteriores entregas, varios artículos considerados esclarecedores sobre el problema de la guerra en Vietnam. El tema continúa centrando la atención mundial y, esta vez, hemos considerado útil presentar extractos de informaciones y opiniones aparecidas en revistas (1) norteamericanas, italianas, inglesas y francesas, que permiten conocer desde cuándo y cómo el gobierno de los EE.UU. se rehúsa a encarar el advenimiento de la paz en Vietnam; cuál es la profundidad del repudio a esa política en todo el mundo y en particular en algunos sectores norteamericanos y, por último, cómo se juzgan las perspectivas actuales de la evolución del conflicto.



Adlai Stevenson

1. La última entrevista de Stevenson

A fines de 1965, la revista norteamericana Look *y la italiana* Espresso, *publicaron simultáneamente el artículo en el cual el periodista Eric Sevareid relataba su entrevista del 10 de julio con Adlai Stevenson, el embajador de los EE.UU. en las Naciones Unidas que falleció en Londres el día 12 de julio. Sevareid, amigo y admirador de Stevenson, después de contar la impresión que le causara la muerte imprevista de Stevenson y relatar las circunstancias en que lo invitó a conversar con él, dos días antes de su muerte, dice:*

"Se puso a hablar sin preámbulos. Debía, a cualquier precio, librarse de su cargo en las Naciones Unidas. Estaba cansado. Tenía 65 años. Había cumplido con la tarea que el presidente Kennedy le había confiado (Stevenson, en realidad, había deseado mucho ser secretario de Estado) durante cuatro años y medio, es decir, mucho más tiempo de lo que lo hacen los representantes ante las Naciones Unidas de cualquier gobierno. Y no se encontraba a su gusto en sus relaciones oficiales con Washington.

Se volvió hacia mí y fue entonces cuando me di cuenta que estaba engordando.

Me preguntó con tono duro: "¿Qué piensas?".

Estaba sorprendido. Estaba frente a un hombre de Estado de fama mundial, un personaje de la vida pública, una autoridad moral por propio mérito que me preguntaba cómo debía proceder para tomar la mayor decisión definitiva de su vida. Hesité y luego respondí: "Como ciudadano espero que permanezcas en la UN, pero como amigo creo que deberías renunciar." Dijo que había dado pruebas de una gran paciencia en una situación imposible, en la cual él no podía realmente usar el lenguaje de Adlai Stevenson, estimado por el mundo entero, sino que debía oficiar de defensor público de una política que, en privado, no siempre aprobaba. "Tengo la impresión de haber sido demasiado paciente", dijo. Luego, con su sonrisa despectiva y un poco oblicua, agregó: "Probablemente es una debilidad de mi carácter". Dijo que debía decidir en aquella misma semana. Me pareció comprender que ello era necesario para permitir a Washington proveer; si no hubiese dado su dimisión inmediatamente, no habría tiempo suficiente antes de la próxima asamblea general de la UN en setiembre.

La guerra de Vietnam lo preocupaba profundamente.

Adlai se puso más cómodo sobre el diván y me

(1) Si nos hemos limitado a citar partes de artículos y no reproducimos, según nuestra costumbre, textos íntegros, es porque se trata de publicaciones de las que no poseemos autorización para la transcripción. Asguramos que los extractos están hechos respetando escrupulosamente el sentido del contexto.

contó las tentativas de negociación que no eran conocidas por el público y tampoco por mí. No sé si hay gente que experimenta la sensación de la muerte. Sin embargo, mientras hablaba, me afloró en la mente la idea de que me estuviese diciendo aquellas cosas como si sintiese la urgencia de que fueran conocidas.

Al comienzo del otoño de 1964, continuó, el secretario general de las Naciones Unidas, U Thant, había logrado obtener, por vía privada, de las autoridades de Vietnam del Norte, el envío de un delegado para discutir con un representante norteamericano en Rangun, Birmania. Alguien en Washington había insistido para que esa tentativa fuese postergada hasta después de las elecciones norteamericanas. Cuando pasaron las elecciones, U Thant volvió a la carga; Hanoi quería todavía enviar a su hombre. Pero el ministro de Defensa Robert McNamara, continuó Adlai, se opuso secamente a nuestra tentativa. Dijo que se habría debido advertir al gobierno de Vietnam del Sur y que eso habría tenido un efecto desmoralizante sobre dicho gobierno, bastante tambaleante, en ese momento.

Stevenson me contó que U Thant estaba furioso por el fracaso de sus pacientes esfuerzos, pero que públicamente no dijo nada.

El tiempo pasaba y la guerra seguía ampliándose. Las presiones sobre U Thant, el número uno entre los hombres de paz del mundo, subían de todas partes en el seno de las Naciones Unidas. Fue así que él propuso un cese inmediato del fuego, con una línea armisticial que debía trazarse no sólo a través del Vietnam, sino también en el lindante Laos. U Thant hizo entonces una propuesta inteligente: los dirigentes norteamericanos habrían podido escribir las condiciones para el ofrecimiento de cese del fuego exactamente como a ellos les conviniese, y él, U Thant, la habría anunciado con las mismas palabras con que ellos la formulasen. Y nuevamente, me dijo Stevenson, McNamara rehusó y, en cuanto al secretario de Estado, Rusk, no se tuvo ninguna respuesta por cuanto Stevenson supiese.

Era claro que no me ponía al corriente de esas posibilidades sólo por la pena de no haber podido lograr la paz en Vietnam. Me lo contaba para darme una prueba evidente de las frustraciones de su trabajo en las Naciones Unidas.

2. El fascismo exterior

¿Por qué ese empecinamiento en continuar y ampliar una guerra repudiable y repudiada? Muchas respuestas han sido propuestas y entre ellas merece considerarse la inteligente nota de Maurice Duverger, publicada en el semanario francés Le nouvel Observateur *del 9 al 15 de febrero de 1966 con el título de "Le fascisme extérieur".*

Duverger se plantea a sí mismo la siguiente pregunta: "¿Lograrán los norteamericanos en Asia lo que Metternich no logró en Europa hace 150 años?". El nudo de su planteo es el siguiente:

La más grande de las naciones del mundo, la más moderna, la más poderosa —190 millones de habitantes, 9.363.000 de kilómetros cuadrados, la mitad de la producción industrial del mundo—, recomienza el bombardeo sistemático de un pequeño Estado de 155.000 kilómetros cuadrados y 16 millones de habitantes, pobre, subdesarrollado, débilmente industrializado, prácticamente incapaz de responder al ataque.

El pretexto es obligar a ese pequeño Estado a cesar la agresión de que sería culpable respecto a su vecino del sur. Es sin duda verdad que hay armas, municiones y soldados nordvietnamitas junto a los guerrilleros que libran en Cochinchina un combate revolucionario. Pero esas armas, esas municiones, esos soldados no representan ni la milésima parte de las armas, las municiones y los soldados norteamericanos que luchan contra los mismos guerrilleros. Además, los vietnamitas del norte pertenecen a la misma nación que los vietnamitas del sur, nación que los Acuerdos de Ginebra habían decidido fuera reunificada por elecciones libres que el gobierno de Saigón no ha querido nunca organizar.

Si cesaran todas las intervenciones militares en Vietnam del Sur, si los norteamericanos por un lado y las gentes de Hanoi por otro, volvieran a sus casas, no cabe ninguna duda que los guerrilleros del Vietcong tomarían de inmediato el poder y que los pseudo-generales o coroneles que sirven de pantalla —por otra parte, transparente— a la dominación de Washington desaparecerían en el vacío.

Nadie toma en serio la construcción jurídica destinada a proporcionar tranquilidad de conciencia a las autoridades de los EE.UU., según la cual ellas

están interviniendo a pedido del gobierno legal de Vietnam del Sur, para prestarle ayuda y asistencia contra la invasión del Norte. Los argumentos de derecho invocados por Hitler cuando invadió Noruega en 1940 no eran mucho menos serios.

La verdad es que los norteamericanos no quieren ver al comunismo extenderse hasta Saigón y que emplean, por primera vez, todas sus fuerzas materiales para impedirle hacerlo. Plantean así un problema capital: ¿es posible, al precio de una presión militar exterior arrolladora, detener la expansión de un movimiento revolucionario cuya victoria sería ineludible sin ella? La respuesta no es todavía clara.

El año último, ante los primeros éxitos logrados por los EE.UU., gracias a los fantásticos medios puestos en acción, se tendió a creerla afirmativa. Se es mucho más escéptico ahora.

Es inútil subrayar la importancia de esta experiencia. En sí el Vietnam del Sur no tiene una importancia estratégica tan grande como se pretende. Las bases de Tahilandia o de las Filipinas, y aun las bases más alejadas en el Pacífico, serían suficientes como puntos de apoyo para las fuerzas militares necesarias para mantener a China "a raya". Un régimen comunista en Saigón no sería de ninguna manera más contagioso que un régimen comunista en Hanoi. Lesionaría menos el prestigio norteamericano que su política actual en Vietnam, que levanta contra ellos terribles odios en el conjunto del Tercer Mundo.

Pero no son ni Saigón ni Hanoi los que se cuestionan. El problema angustioso para los EE.UU. es que les sigue faltando un sistema político distinto del comunismo capaz de reemplazar las estructuras vetustas en tren de desaparecer en ciertas naciones subdesarrolladas. La situación es menos grave en el sudeste asiático que en América Latina. Las condiciones económicas y sociales de los países situados al sur del Río Grande son explosivos. La posibilidad de operar allí las reformas indispensables en los próximos años, disminuye progresivamente. La esperanza de ver allí al feudalismo reemplazado por un socialismo democrático es cada día más débil. La conjunción de una clase dirigente ciega, de los intereses privados norteamericanos y de la creencia en la libre empresa, tiende a no dejar otra salida que la de las revoluciones de tipo castrista.

Los EE.UU. se encuentran así en la situación de

Metternich en Europa hace ciento cincuenta años: hostil a la extensión del liberalismo, pero incapaz de imaginar otro régimen que pudiese reemplazar las viejas monarquías decadentes y, por lo tanto, obligado a defenderlas sólo con la fuerza. La verdadera diferencia es que los medios técnicos del siglo XIX no daban a los ejércitos de Metternich un poder suficiente para triunfar. ¿Los medios técnicos del siglo XX han modificado los datos del problema? La acción de los EE.UU. en el Vietnam tiene el mismo objetivo que la operación Santo Domingo (la cual se asemeja a las operaciones clásicas de Metternich o de Teodoro Roosevelt). En los dos casos se trata de una intervención militar extranjera para impedir la evolución de un pueblo. Pero Santo Domingo y las expediciones análogas constituyen el primer paso de una "escalación" de la cual el Vietnam es el grado superior. La diferencia es la misma que la que existe entre los regímenes autoritarios tradicionales y los del siglo XX.

La intervención norteamericana en el Vietnam corresponde así, en el plano de las relaciones internacionales, al problema planteado hace 30 años por el fascismo, en el plano interno: ¿puede establecerse un régimen político tan autoritario que pueda impedir en forma durable la evolución natural de las estructuras de una nación? Ya Joseph de Maistre esperaba que eso fuera posible, a condición de que se diera al verdugo una situación preponderante. En realidad, en su época, los medios de opresión eran técnicamente muy débiles para que se pudiese triunfar de manera durable. En el siglo XX, los progresos realizados en ese dominio han modificado la situación. Sin intervención exterior, Hitler y Mussolini habrían, probablemente, muerto en sus camas, como morirá Franco, ya que una revolución popular no hubiera tenido medios de voltearlos. Lo que la Gestapo y los campos de concentración permiten que un gobierno haga en el interior de un país, ¿el napalm, el fósforo y otros medios análogos van a permitir a una potencia extranjera hacerlo desde el exterior? Tal es la pregunta fundamental planteada por la intervención norteamericana en el Vietnam: es el problema del "fascismo exterior".

Que una nación democrática, en el interior, emplee en su diplomacia procedimientos opuestos a sus mismos principios, no es una novedad. Los franceses lo hemos hecho en Argel y Gran Bretaña lo ha hecho

en la época de las grandes conquistas coloniales. La novedad es que la situación dominante de los EE.UU. en las relaciones internacionales, que los coloca en posición de hegemonía mundial, les da una mayor libertad a este respecto. En el plano de la fuerza, ninguna potencia puede oponerse hoy a las decisiones del presidente Johnson en Vietnam o en América Latina, a menos de arriesgar la destrucción del mundo (para impedir una nueva invasión de Cuba fue preciso el golpe de efecto de la instalación de los cohetes soviéticos, que comportaba terribles riesgos: eso no puede ser repetido con frecuencia).

Pero el hecho de que una diplomacia fascista coincida con un régimen interno democrático puede limitar el desarrollo de la misma. Cuando los EE.UU. ensayan imponer por la violencia la voluntad de la más grande nación a pequeños pueblos, saben que actúan en contradicción con sus principios fundamentales. El presidente no tiene la conciencia tranquila, ni el señor McNamara, a pesar de sus máquinas electrónicas. La opinión pública tampoco. Por mucho que crea que el comunismo es el mal, sabe bien que luchar contra él con bombas es utilizar los métodos de la Inquisición que los protestantes siempre aborrecieron. El orgullo nacional y el temor a los rojos pueden hacer olvidar, durante algún tiempo, las verdades elementales, pero no para siempre. La oposición de los universitarios y de los estudiantes no es más que un síntoma de una crisis moral que, normalmente, debería desarrollarse.

No es, sin embargo, seguro que esa crisis estalle finalmente ni que ella sea suficientemente profunda como para poner fin al "fascismo exterior". Puede temerse, por el contrario, que éste se extienda progresivamente en el interior, como en la época del maccarthismo. Hay razonable derecho a tener esperanzas. La reacción de los aliados de los EE.UU. y especialmente de los pueblos de Europa occidental podría ayudar a que se realizaran.

.....

Un llamado a la solidaridad termina el clarividente análisis de Maurice Duverger.

3. ¿Quién es Dios en el Vietnam?

En el semanario católico de Baltimore The Catholic Worker *se publicó el artículo del sacerdote jesuita Daniel Barregan, al que pertenecen los trozos que a continuación transcribimos.*

Después de la publicación del artículo, el sacerdote Barregan, a pedido del arzobispo de Nueva York monseñor Spellman, fue enviado fuera de los EE. UU., a una casa religiosa de Cuernavaca, Méjico. Este castigo desencadenó una ola de protestas en los medios católicos norteamericanos.

El único acuerdo internacional que pudo justificar nuestra acción en el sudeste asiático fue la Conferencia de Ginebra de 1954. Pero en esa Conferencia, contra la voluntad de Dulles, se decidió la unificación del Vietnam dentro de los dos años siguientes, mediante una elección nacional. Rehusamos firmar ese acuerdo pero prometimos respetarlo. A los siete meses violamos nuestra promesa comenzando a organizar el ejército de Vietnam del Sur. En 1956 la violamos otra vez negándonos a que se hicieran las elecciones como se había decidido en Ginebra. Ho Chi Minh, con una paciencia que no recibe el debido reconocimiento, esperó hasta 1958 para lanzar un llamado a la guerra de guerrillas en el Vietnam del Sur, y desde aquel momento hasta ahora nuestra situación no ha hecho más que empeorar y volverse cada vez más desastrosa. No hemos admitido que esa guerra es una guerra civil, porque eso equivaldría a admitir que no tenemos ningún derecho a estar allí, que ningún gobierno reconocido nos ha llamado, que estamos violando un acuerdo internacional y que la intensificación continua de nuestra agresión ha desencadenado una revuelta popular. El presidente Johnson puede afirmar que "mantendremos nuestras promesas" o que "el Vietnam del Norte es agresor y debe ser bombardeado" o que "no queremos la extensión de la guerra" o que "no queremos otra cosa que el retorno a los principios esenciales de Ginebra" o que "la China debe aprender a dejar en paz a sus vecinos". Permanece el hecho de que no teníamos derecho a no cumplir nuestras promesas; que nuestra fuerza militar, nuestro apoyo económico y material a Vietnam del Sur superan ampliamente la ayuda recibida por el Frente de Liberación Nacional desde Vietnam del Norte; que hemos violado el Acuerdo de Ginebra de 1954 y

que no tenemos ninguna intención de respetarlo.

Resumiendo, no admitimos que nos equivocamos en 1954, que nos hemos equivocado desde entonces hasta hoy y que seguimos equivocándonos. El Departamento de Defensa insiste en afirmar que antes del fin de 1965 deberemos tener doscientos mil soldados norteamericanos en Vietnam del Sur y, en nuestro tonto, ingenuo y malvado modo de pensar, presumimos que recuperaremos las pérdidas determinadas por once años de estupidez y brutalidad, aumentando la dosis de estupidez y de brutalidad. Habría bastante de qué preocuparse si fuésemos sólo nosotros los afectados, pero la guerra moderna no obedece a estas leyes. Y así seguimos devastando un país ya devastado por 25 años de agresiones extranjeras y en tal modo estamos arrastrando a las naciones del mundo hacia la locura definitiva de la tercera guerra mundial.

Queda un problema: ¿por cuánto tiempo continuaremos haciendo en Asia el trabajo de Dios? La respuesta es: hasta cuando ustedes y yo permanezcamos inactivos frente al mayor peligro internacional de nuestra vida nacional, frente a la página más vergonzosa y a la acción premeditada más inmoral de toda la historia americana. Hasta cuando ustedes y yo continuemos avalando los errores y tentando justificarlos.

DANIEL BARREGAN, S. J.



Víctimas inocentes de la espantosa guerra vietnamita.

4. ¿Por qué continúa la guerra?

Jean Lacouture, en el número 60 de "Le Nouvel Observateur" (5 al 11 de enero de 1966) precisa los argumentos que lo mueven a considerar que los dirigentes norteamericanos no buscan verdaderamente la paz en Vietnam porque no saben que uso podrían hacer de ella.

El coronel Cox no sabe que el cirujano le está haciendo una amputación. Bajo la carpa de campaña levantada en el arrozal, en el momento culminante de la batalla de Plei-Mé, separado de su dolor y de su voluntad por el pentotal, él gime: "¡No! No fui yo quien ordenó que se incendiara esa aldea con napalm... Tengo horror del napalm... Es demasiado horrible... Además, nos habían dicho que había niños en la aldea..."

La operación se alarga. Cox sigue gimiendo bajo el enfoque de las cámaras de una cadena de televisión norteamericana, gracias a la cual ese documento insoportable fue presentado a decenas de miles de norteamericanos, antes de ser entregado a la televisión francesa, que lo difundió el jueves 23 de diciembre de 1965 a las 20,15 horas. Ningún film proveniente del campo socialista ha mostrado el horror de la guerra de Vietnam como esta banda norteamericana donde ese horror llega al paroxismo, horror infligido y soportado por quien lo lleva y lo vomita, en la cumbre de la sinceridad involuntaria.

¿Qué puede esperarse de esta intrepidez documental de la cual los norteamericanos nos dan el ejemplo, quince años después de nuestros silencios de Cao-Bang y de Lang-Son, ocho años después de los de Palestro y de Melouza? En el terreno psicológico y político, poca cosa. La sociedad norteamericana admite la violencia que, de hecho, es a veces uno de sus valores, desde el Far West hasta Iwojima. No será eso lo que la pondrá contra la guerra en Asia. Pero, en cambio, detesta la mentira. Se perdona muchas cosas a un hombre público, a un conductor de guerra: pero no que engañe a la opinión. El suplicio del coronel Cox y los que él infligió, forman parte de la saga anticomunista, esencial para la historia contemporánea de los EE.UU.

El articulista detalla a continuación, con documentada información, las oportunidades

que se presentaron en 1965 de iniciar tratativas de paz en Vietnam y que "la administración Johnson ignoró deliberadamente o torpedeó arteramente", para terminar por referirse a la tentativa de mediación italiana realizada por La Pira y que tan ampliamente difundió la prensa mundial.

BIBLIOGRAFIA

COLUMNA 10 inicia en este número una sección de reseña bibliográfica. Desde ella trataremos de ofrecer a nuestros lectores un panorama no comentado habitualmente por las revistas literarias y de aquellos libros que tan sólo son promovidos en reducidos círculos de especialistas y que, sin embargo, poseen información útil y significativa para una mejor comprensión de los problemas de nuestro tiempo.

En 1964, profesores y alumnos de la Universidad de Michigan, USA, inventaron el *teach-in* para promover la discusión seria y exhaustiva de un suceso político-militar: la extensión de los bombardeos norteamericanos a Vietnam del Norte. Como método de argumentación política y de protesta fue y sigue siendo muy exitoso, cuando se respeta la filosofía del *teach-in*, es decir, cuando es educativo, no peyorativo, y documentado.

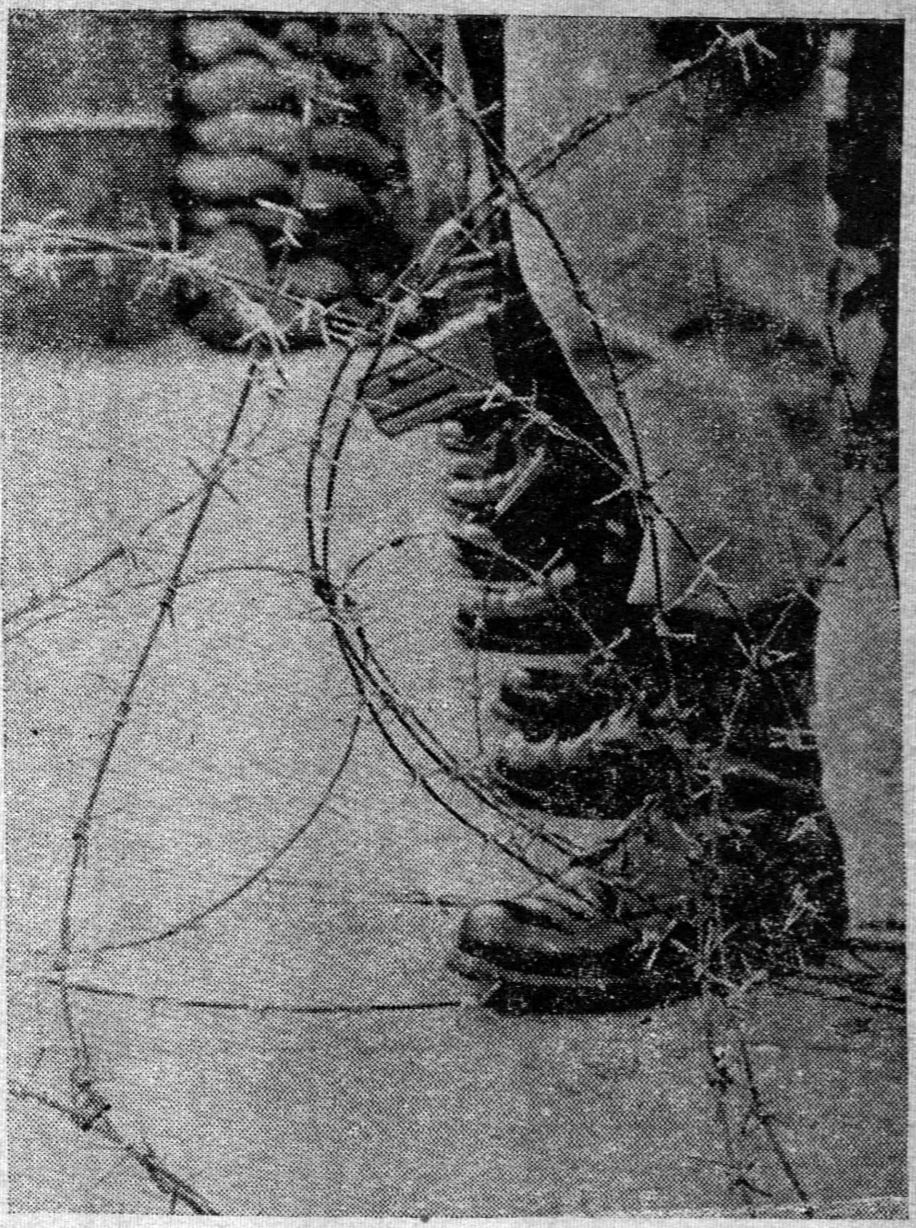
Un grupo de intelectuales y periodistas ingleses decidió completar el *teach-in* con el *read-in*, una colección de artículos conteniendo documentos oficiales, comentarios políticos y análisis históricos sobre un tema determinado de política internacional. El primer número de esta ambiciosa empresa es sobre Vietnam: "*VIETNAM, Nº 1 in the Read-in series*", (Eyre and Spottiswoode, 1965, London) y consta de 17 capítulos, un glosario, una bibliografía selecta muy importante y actualizada y un índice de fuentes del material utilizado. Además provee al lector buenos mapas de Vietnam, gráficos claros y una introducción muy necesaria con datos sobre población, educación, recursos naturales, economía y religión. El material del libro es excelente. Los orígenes del conflicto hasta 1954 son analizados con singular claridad, aportando datos claves para la comprensión de los movimientos de liberación nacional de ese sector del sudeste asiático. Otros capítulos se refieren a la Conferencia de Ginebra, la política de Saigón y a la actitud de las diversas potencias frente al problema vietnamita. Cabe mencionar la objetividad del capítulo titulado "¿Quiénes son los agresores?". Muy adecuado para comprender la particularidad de la lucha de liberación vietnamita es el análisis del nacionalismo vietnamés y su especial relación con el comunismo. En resumen, creemos que este *Read-in* es un intento muy exitoso que merece ser leído por todos aquellos interesados en el conflicto de Vietnam, modelo de las guerras neocolonialistas del porvenir.

William Warbey es un miembro del Parlamento británico, laborista y opositor a la política internacional del primer ministro Wilson. Su libro: *Vietnam, the Truth* (The Merlin Press, London, 1965) presenta en una forma más unitaria el mismo material que el *Read-in*, pero prestando mayor atención a sus aspectos políticos. Es un ensayo realizado con mucho ardor y conocimiento del tema, donde asoma la amargura de un socialista decepcionado por la política exterior de Wilson. En su prólogo, Warber sostiene que en el corazón de la nueva sociedad afro-asiática está una filosofía socio-política fresca, original, que ofrece soluciones muy superiores a las sugeridas por el Occidente, para dos terceras partes de la humanidad. Esta nueva doctrina, al contemplar tanto las aspiraciones como las necesidades de los pueblos afro-asiáticos, confiere a las masas una fuerza emocional y moral casi religiosa que no puede ser destruida ni por balas ni por bombas.

Si bien ambos libros tienen una evidente superposición temática, el criterio con que ha sido encarado el problema es distinto, y por su gran seriedad, configuran una muy buena lectura complementaria.

Si le parece interesante que COLUMNA 10 se difunda y quiere cooperar con nosotros, haga llegar su contribución a C. R. S., Casilla de Correo Central nº 1811.
m$n. 1.000 permitirán difundir 50 ejemplares más. La suscripción a 10 números cuesta m$n. 500.

SANTO DOMINGO



Jottin Cury, ex-ministro de Relaciones Exteriores del gobierno constitucionalista de la República Dominicana, ha hecho llegar a COLUMNA 10 sus votos para 1966 en la tarjeta que reproducimos, fechada en el 8º mes de ocupación de su país por ejércitos extranjeros.

CORREO ARGENTINO
CENTRAL
TARIFA REDUCIDA
Concesión 7851
FRANQUEO PAGADO
Concesión 2323

PROPIEDAD INTELECTUAL 867077

Imprimió STILCOGRAF